

The background of the cover is a painting of a large, mature tree with dense green foliage. The tree's trunk is dark and gnarled, and its branches spread out across the upper half of the image. Below the tree, there is a paved path and a wooden bench. The overall style is impressionistic, with visible brushstrokes and a soft, naturalistic color palette.

José Heriberto Varela

Huellas en el manantial

Memorias de un colpeño

JOSE HERIBERTO VARELA

Huellas en el manantial



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Varela, José Heriberto
Huellas en el manantial : memorias de un colpeño / José Heriberto
Varela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de
Argentina, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-87-3252-7

1. Autobiografías. I. Título.
CDD 808.8035

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

www.autoresdeargentina.com

info@autoresdeargentina.com

Índice de contenidos

Prólogo

Dedicatoria

I- Huellas: COLPES

Caminante de mi pueblo

Mi pueblo en la montaña

El estanque

El canal

Al almacén

El Marín

El club General Lavalle

Cuadreras en Colpes

De película

Yendo a la escuela

La estación

Mi tristeza en bicicleta

Mis primos

Mi caballito

Día de fiebre

La salvaje

La bodega

Fuga al arroyo

El corral de los Antonio

Día de lluvia en Colpes

Cementerio de Colpes

II- Huellas: PERSONAJES DE COLPES

El Trueno de don Bambicha

El viejo Bambicha y los caramelos

Don Primitivo Pihuala

Don Rufino

Doña Audelina

Dónde andarán

El amigo Alfredo

Portero y revistero
Nuestras mascotas
Mi querido Guacho
Los chagueros*

III- Huellas: MI CASA, MI INFANCIA

Limpiando el aljibe
Gozo y tortura
Al fin volando
A ver quién viene
Buscando huellas
Volver a ser niño
La viña de arriba
Sabor a miel
Arroz con leche
Pasaba el colectivo
Mis refugios
La piletita
Fiesta en la escuela
Fiestas patrias

IV- Huellas: DESDE LA NOSTALGIA

Nocha, mi vieja
Hace tiempo, Colpes
Siesta, soledad y atardecer
Mi balance
Mi tío Rino
El gesto de mi abuela
La foto de Colpes
Qué pasa, tío Augusto
Telaritos
Extrañándote, Colpes
Si vieras en Colpes
Gracias, memoria

Glosario

PRÓLOGO

Miramos el mundo una sola vez, en la infancia, el resto es memoria.

LOUISE ELISABETH GLUCK

Te propongo despertar al niño que llevas dentro y recordar tus vivencias, en especial si tu niñez transcurrió en un pequeño pueblo como el nuestro. Quizá tus experiencias se asemejen a éstas.

Mis hermanas y yo tuvimos la bendición de nacer y criarnos en el pequeño y amado pueblo de Colpes, departamento Pomán, en mi bella provincia de Catamarca, donde mi vieja ejerciera como maestra por más de cuarenta años. Los hechos son reales, aunque con la fantasía de un niño; transcurrieron desde que nací, en 1960, hasta aproximadamente 1979, que nos mudamos a la ciudad de Catamarca debido a que necesitábamos cursar estudios terciarios, lo cual no se podía en mi pueblo. Mi madre siguió allí hasta jubilarse y luego se mudó con nosotros definitivamente. Continuamos regresando intermitentemente, porque allí quedó parte de la familia, nuestras raíces, nuestro acervo.

Colpes, un pueblo como miles en el mundo, para nosotros el mejor de todos, enmarcado entre el imponente cordón montañoso del Ambato y el majestuoso salar de Pipanaco, en el oeste catamarqueño, junto a un puñado de pueblos dispersos a lo largo de la ruta N° 46, que trepan la montaña o descansan al pie, entre ellos Colpes, y su hermosa gente.

Según el arqueólogo e historiador Samuel Lafone Quevedo, el nombre proviene de la lengua cacán o cacana, y significa "*manantial de aguas claras*". En ese manantial dejamos nuestras huellas, y éste, a su vez, dejó las suyas aún más profundas en nosotros, que jamás se borrarán.

De allí el título de este libro sobre nuestra niñez, que quiero compartir con ustedes. Para que transiten conmigo en esas *Huellas...*

DEDICATORIA

Dedicado a la gente de mi pueblo, a Catamarca, principalmente a mis contemporáneos, a toda mi familia, en especial a mi madre y hermanas, y muy particularmente a esa bellísima tucumana, de Pampa Mayo, Simoca, con quien compartí 34 años de mi vida, quien partió recientemente para esperarme en algún lugar, Yolanda Alicia Salas, “La Gringa”, o Yoli.

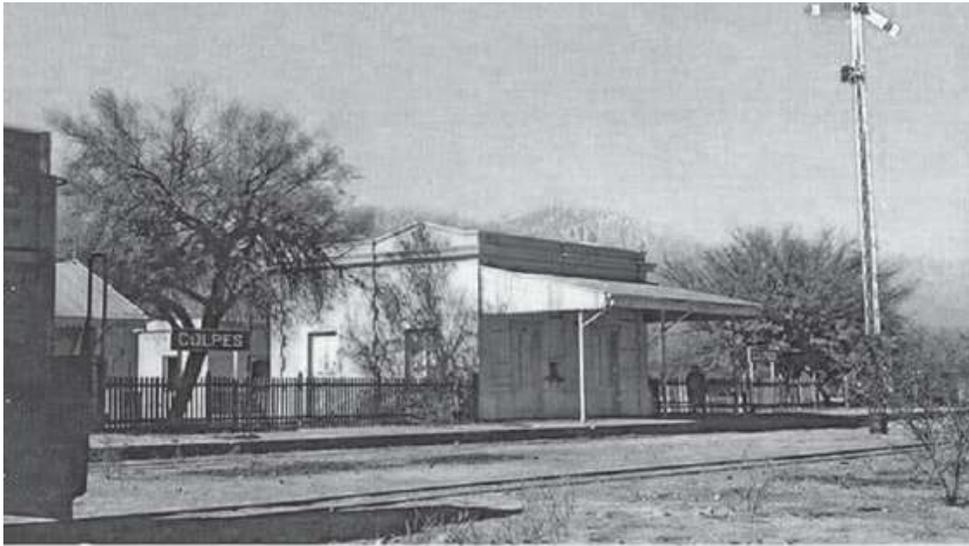
Sin ellos, este libro no existiría.

Un agradecimiento a Toto Nieva, de Saujil, por las fotografías para esta edición.



I- Huellas

COLPES



Caminante de mi pueblo

Caminante, si pasas algún día por mí pueblo,
observa bien esa casa, allí vivían mis abuelos.
Queda en Colpes de Pomán, camino al cementerio,
provincia de Catamarca, donde viví de pequeño.

Te cuento que ahora son sólo un montón de recuerdos
y de experiencias hermosas, vividas como en un cuento.
Aunque sólo veas paredes que de a poco van cayendo,
en un tiempo atrás la vida bailaba su danza a pleno.

Caminante, no era así todo eso que estás viendo,
las paredes derrumbadas, el parrón casi en el suelo.
Ese patio era feliz con cuatro niños corriendo,
con mi madre, con mi abuela, con mis tíos y mi perro.

Sobre los fuertes horcones, viñas que vino prometen
formaban tupido techo, en ese espacio donde crecen
y ese filtro de las hojas lo volvían un lugar fresco
donde se tomaba mate y se servían los almuerzos.

Esos audaces jazmines, que querían llegar al cielo,
se mezclaban con las viñas, hasta cubrir todo el techo.
A ciertas horas del día, caricias del aire fresco
arrastraban el perfume, que se percibía de lejos.

Y por no quedarse atrás, la muy federal estrella
tomó la forma de un árbol, y pasaba sobre de éstas
con sus flores coloradas, como coloradas huellas,
resaltaba sobre el blanco, expresando su presencia.

Caminante, junto al patio, corría la acequia de riego, humedecía los geranios y otras plantas que crecieron y gran cantidad de menta, su perfume despidiendo movidas por la corriente, o en el mate, en agua hirviendo.

Al costado, en una horqueta, su majestad la tinaja, cubierta de musgo verde, por la humedad que largaba, en ese tiempo heladeras ni siquiera se nombraban pero el agua estaba fresca, que daba gusto tomarla.

Caminante, si tú observas, aunque sea por un momento, donde ves viejas higueras, había un horno junto al cerco. Era el espacio obligado, cuando se hacía pan casero, y en un lugar en el suelo, en paila, dulces hirviendo.

Si ves la planta de palta, que creció fuerte y esbelta, ahí descansa nuestro perro, "El Guacho" de los Varela. Esa planta está tan linda, nuestro perro le da fuerzas; en ese mismo lugar, él descansaba en las siestas.

Como fieles vigilantes, dos jacarandás añejos nos regalaban, entonces, copitos color de cielo y cuando se desprendían, sacudidos por el viento, formaban alfombra celeste, nuestra vereda cubriendo.

Observa allí, caminante, justo frente de la casa con sólo cruzar la calle, estaba el jardín con magia. La finca de los naranjos cedía sus primeros metros al gran jardín que mi abuela cuidaba con tanto esmero.

La enredadera, en el frente, formaba un paredón verde, ahí colgaban embuditos de colores diferentes; detrás, estaban rosales, conejillos, y claveles y un montón de flores más, azules, rojas, celestes.

En el patio del parrón, se apreciaban los colores

de las macetas colgadas, o prendida a los horcones, en ollitas de tres patas o en esas planchas de hierro, (cuando estaban en desuso eran parte de mis juegos).

En los tiempos de visitas, amigos o tíos que vuelven, servían en los mesones y en nuestra mesita verde, se lucían cubiertos nuevos y también nuevos manteles, indicando la alegría, chicos y grandes se divierten.

Caminante, escucha un poco eso que murmulla el viento, las voces de mis hermanas y el ladrido de mi perro; también la voz de mi vieja, cuando ya estaba el almuerzo, y el olor de esas comidas con las verduras del huerto.

La vida me debe cosas, y espero que me dé tiempo de encontrarme con mi gente, que reside en ese suelo. Poder visitar tranquilo el lugar de tíos y abuelos y sentir mil emociones que recorren por mi cuerpo.

Dialogar con los colpeños y recordar a los viejos, todos aquellos amigos que conocí de pequeño. ¡Qué cosa con la nostalgia! Se me aúnan sentimientos, me dan ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

Caminante, no estés triste con la imagen que estás viendo y presta mucha atención a todo esto que te cuento: aquí fuimos muy felices y, aunque ya pasó algún tiempo, siempre estará la energía de aquellos que lo vivieron.

Caminante, ahora te invito a compartir mis recuerdos. Si querés conocer más, hoy podés ser parte de esto, sólo lee con atención lo que en este libro cuento. Prometo hacerte sentir lo que viví de pequeño.

Mi pueblo en la montaña

Pueblo de pie de montañas, donde el sol en las mañanas trepa asomando a la cima y, cuesta abajo, se derrama. Le da brillo a las salinas, mientras por campos avanza y cerca de media mañana, va llegando a nuestras casas.

Él nace del otro lado, tarda en subir cuando avanza. No vemos amanecer, pero una vez que el día pasa dejará esa gran imagen, en momentos que se marcha: rojo y gigante se esconde, despidiéndose a sus anchas.

Mi pueblo tiene sus años. La gente que lo poblaba eran indios de esa zona, del oeste de Catamarca. Creo que allí se instalaron para aprovechar el agua que emana de las vertientes y baja de la montaña.

Todavía puede encontrarse, escarbando bien la tierra, parte de los utensilios que en esos tiempos usaban, cosas de barro pintadas, con dibujos adornadas, imágenes donde cuentan lo que entonces les pasaba.

Mi pueblo aún tiene cosas, tradiciones conservadas, comidas y hasta festejos de esas épocas pasadas. Muchos de los pobladores que en mi niñez lo habitaban conservaban en sus rostros la imagen de nuestra raza.

En tiempos de carnavales, se realizan topamientos. Se dividen en dos bandos los habitantes del pueblo, para después enfrentarse, simulando un cruel encuentro -la lucha entre el bien y el mal se debate de hace tiempo-.

Después celebran con bailes, y acude el departamento. La cuestión es divertirse -son tres días de festejos- hasta el día en que termina, último baile en mi pueblo y allí se quema el *Pujllay**, y al carnaval se da entierro.

Aún se come mazamorra, humitas, tamales caseros, y de campo adentro traen, patay y *mashacos** muy buenos.

Aunque sé que algunas cosas de a poco se van perdiendo (ya no cocinan *chanfaina**, que yo comía de pequeño).

Mi pueblo se llama Colpes, Pomán el departamento. Son nombres de los caciques que habitaron hace tiempo. Pueblo de pie de montaña, de ese lugar yo provengo. Me siento muy orgulloso de evocar a mis ancestros.



El estanque

Es ese espejo de agua el lugar más deseado.
El estanque de Colpes se adueña del verano,
concebido y creado para acopiar el agua
que bajaba con fuerza del pie de la montaña.

Prolija construcción de piedras con cemento,
esto evita que el agua se insuma en el suelo.
De grandes dimensiones y con sus trazos rectos,
da un hermoso paisaje cuando está todo lleno.

Sale de las vertientes que se ubican arriba,
el agua cristalina que a nuestro pueblo llega
por canales de piedra mejor aprovechada
para que no se pierda en la tierra tan árida.

El agua transparente que veloz se desliza,
bajando la pendiente por donde ésta circula,
llega hasta ese descanso a donde se depura,
ahí deja la arena y otras cosas que empuja.

De allí cae al estanque adonde se acumula
para ser repartida en forma equilibrada,
para nutrir las plantas, en la tierra sembrada,
para llenar aljibes y luego ser tomada.

Pero en Colpes faltaba lugar de esparcimiento.
Si bien había canchas en el club de mi pueblo,
pero el sol impiadoso de veranos intensos
demandaban a gritos un lugar de frescos.

Al llegar el silencio, solo duendes despiertos,
el instinto que llama a refrescarse a pleno.
Allí se volvía un rey el estanque del pueblo,
cuando juntaba el agua y mejor aún repleto.

Me escabullo a la siesta, y cruzo como un *chelco**
(justo ese sobrenombre el que tenía mi viejo),
caminando los senderos, finca de mis abuelos,
saboreando una pera, duraznos o ciruelos.

Cruzar por El Marín que es el lugar más fresco,
siempre junto al canal en las siestas de fuego,
recogiendo mistoles que cubren todo el suelo,
mojándolos un poco, y saborearlos luego.

Nuestro barrio se halla cerca del cementerio.
Existe una buena distancia para llegar al predio.
A los gritos y risas los escucho de lejos,
apuro un poco el paso, casi me desespero.

Cruzo frente a la casa de amigos del colegio,
voy llegando al lugar de tártagos cubiertos.
Subo por un costado, por donde va el sendero,
y me encuentro de frente con el hermoso espejo.

Parecen renacuajos algunos de pequeños,
se trepan en un árbol, y de ahí saltan, riendo.
Se zambullen profundos y aparecen más lejos,
con sus lomos curtidos por los rayos de febo.

Desde el agua, un amigo que ha llegado primero
con la mano hace señas. Me sumerjo corriendo.
Aquí empieza lo lindo, las carreras, los juegos.
La magia del estanque ya me atrapó de nuevo.

Algunas otras veces con mis hermanas vengo.